

MARÍA PILAR TRESACO  
JAVIER VICENTE  
MARÍA-LOURDES CADENA  
(Coordinadores)

De Julio Verne  
a la actualidad:  
*la palabra y la tierra*

De Jules Verne  
à nos jours:  
*la parole et la terre*

De JULIO VERNE a la actualidad : la palabra y la tierra = De Jules Verne à nos jours : la parole et la terre / María Pilar Tresaco, Javier Vicente, María-Lourdes Cadena (coords.). – Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015

550 p. : il. ; 22 cm

ISBN 978-84-15770-58-9

Verne, Jules–Crítica e interpretación

TRESACO, María Pilar

VICENTE, Javier

CADENA, María-Lourdes

821.135.1Verne, Jules1.07

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Los autores

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza  
1.ª edición, 2015

Diseño de la cubierta: Inma García. Prensas de la Universidad de Zaragoza

Ilustración de la cubierta: José Ortiz

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 350. Fax: 976 761 063  
[puz@unizar.es](mailto:puz@unizar.es) <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1045-2013

# EL PASTOR DE MASTODONTES: LA PREHISTORIA EN JULES VERNE

Rafael Domingo Martínez  
*Universidad de Zaragoza*

## 1. Introducción

Los años que transcurren entre la primera publicación de *Viaje al centro de la Tierra* (1864) y *El pueblo aéreo* (1901), las dos obras vernianas que más claramente incluyen elementos relacionados con el hombre primitivo, enmarcan un periodo decisivo para la investigación prehistórica. Se produjo entonces la sustitución en círculos científicos de la vieja visión basada en las Escrituras por los nuevos postulados darwinistas que bajaban al hombre de su pedestal auto-otorgado y lo colocaban a la par del resto de especies, como un producto más de la evolución. Por primera vez, además, estos asuntos pasaron de las minorías intelectuales a un público amplio, que participaba activamente de este proceso. Aparecieron revistas y otras publicaciones periódicas que difundían los últimos descubrimientos, seguidos con avidez por el propio Verne, que los utilizaba como fuente para la ambientación técnica y geográfica de sus novelas.

## 2. Un pastor de mastodontes en el centro de la Tierra

En 1864, fecha de la primera publicación de *Viaje al centro de la Tierra*, aún estaba candente la polémica suscitada por la publicación cinco años antes de *El origen de las especies*, de Charles Darwin, que, a grandes

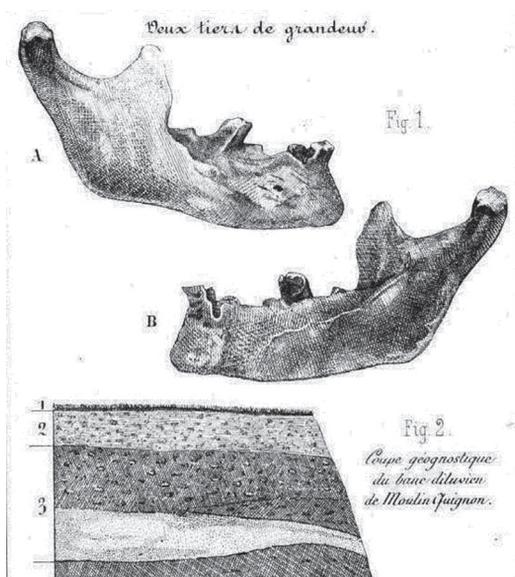
rasgos, proponía la no existencia de una Creación de origen divino y que las especies actuales debían sus características a diversas leyes naturales, especialmente la evolución y la adaptación al entorno. En medios científicos se proponía desde pocas décadas atrás la existencia de hombres primitivos, *antediluvianos* en la dubitativa terminología de la época, aún deudora de términos bíblicos: se habían localizado restos de herramientas en estratos geológicos que se suponían de gran antigüedad, y algunas de ellas aparecían incluso asociadas a fósiles de animales extinguidos o ausentes en Europa occidental: mamuts, bisontes, renos, leones o rinocerontes lanudos. En este panorama destacaba especialmente la figura de Jacques Boucher de Crèvecœur de Perthes, oficial de aduanas en Abbeville, que había dedicado largos años a buscar *antigüedades* en las obras que se llevaban a cabo en la zona. Allí algunos obreros contratados por él habían localizado herramientas de piedra indudablemente fabricadas por el hombre y huesos de animales ya desaparecidos, en estratos geológicos antiguos. Únicamente faltaba la prueba fundamental, el hallazgo de restos humanos fósiles.

Esa prueba, que sirve a Verne de pretexto para, en una acción única en toda su producción, ampliar su novela en dos capítulos entre la publicación original en folletín y la definitiva a cargo de Hetzel, es el extraordinario hallazgo de una mandíbula humana, asociada a herramientas de piedra y huesos de animales, en Moulin-Quignon, junto a Abbeville. A la cita específica de este fósil humano Verne añade constantes menciones de otros seres prehistóricos, mezclando en ocasiones animales de antigüedades muy diversas: el gran osario del capítulo xxxvii, que Verne reduce a veinte siglos de extensión temporal, acoge restos de especies del Secundario, como los Pterodáctilos, y tan recientes como los Mastodontes cuaternarios, en una mezcolanza que, como veremos, incluye también los huesos humanos. Aparece aquí un rasgo frecuente en Verne, el respeto a las Escrituras y a lo allí descrito: esos animales serían antediluvianos. Según la cronología del obispo Ussher, que cifraba la creación del mundo en el 4004 a. C., y el Diluvio en el 2370 a. C., son efectivamente algo menos de veinte siglos los que separan ambos hechos. Verne se inserta así en el grupo de defensores de la historicidad de la Biblia, que pretendía encajar *a la fuerza* los cada vez más frecuentes hallazgos de fósiles en la época antediluviana: dado que se trataba de animales extinguidos, parecía lícito suponer que eran las bestias no acogidas por Noé en el Arca, engullidas por las aguas del Diluvio. Más allá de su ajuste temporal, estas citas de fósiles

demuestran que Verne seguía con atención los avances de la Paleontología, que pasaban rápidamente de manos de los descubridores al gran público.

Por lo que se refiere a Moulin Quignon, este suceso vino a coronar la intensa actividad de Boucher de Perthes en el campo de la Prehistoria, en un momento avanzado de su vida (contaba ya con 75 años), siendo enseguida sometido a escrutinio y debate público por expertos franceses y extranjeros. Verne mezcla, como es habitual en él, invención y realidad, haciendo que uno de esos expertos fuese el profesor Lidenbrock, protagonista de la novela, ajustando al máximo los plazos temporales reales y ficticios: según el relato de Boucher de Perthes (1863), los obreros que trabajaban para él en la cantera de Moulin Quignon encontraron un diente humano el 23 de marzo de 1863 y el resto de la mandíbula el 28 del mismo mes (figura 1). Según C. Cohen (1999), a primeros de mayo se reunió en París una comisión internacional de científicos *ad hoc*, que se desplazó enseguida a Abbeville (Quatrefages, 1863).

FIGURA 1



Dibujo de la mandíbula humana y corte estratigráfico de la cantera de Moulin-Quignon (según Boucher de Perthes, 1864).

*Viaje al centro de la Tierra* da comienzo el domingo 24 de mayo de 1863, cuando Lidenbrock llega preso de una gran agitación a su domicilio, y el día 2 de junio ya lo encontramos en Copenhague, sin que a partir de entonces reciba comunicación o correo alguno. Es decir, entre el descubrimiento de Moulin Quignon y la partida de los protagonistas desde Hamburgo apenas transcurren dos meses durante los cuales Lidenbrock habría sido avisado del notable hallazgo. Volviendo a la pura realidad, ciertamente la noticia se difundió con rapidez: encontramos una disertación pública del máximo nivel realizada por el Dr. Luton a la Academia Imperial de Reims el 31 de julio, que comienza con las significativas palabras «Un grave débat agite le monde savant» (Luton, 1863: 90). Poco antes, en el Reino Unido, Sir Joseph Prestwich (1863) anunciaba el hallazgo a la *Geological Society* (comunicación leída el 3 de junio de 1863; revisada y publicada en octubre).

Verne, atento seguidor de cualquier novedad científico-técnica, no podía permanecer ajeno a este importante descubrimiento. Pese a que en la edición publicada por entregas en noviembre de 1864 no se incorporaron estos hechos, Verne, contraviniendo su modo de actuar habitual, decidió añadir dos capítulos enteros en la edición ilustrada de Hetzel de 1867. Esos capítulos, el xxxviii y el xxxix, recogen el episodio de Moulin Quignon y abundan en el aspecto paleontológico del viaje, que Dupuy (2005) interpreta en clave temporal, además de geográfica. En este punto, los viajeros no sólo se encuentran aproximadamente bajo los montes Grampianos, en Escocia, sino que han retrocedido en el tiempo por las eras geológicas, por lo que son testigos de la existencia de seres prehistóricos que en la superficie de la tierra se habían extinguido tiempo atrás. En su afán por completar la explicación científica relativa al hallazgo de Moulin Quignon, Verne incluye una afirmación que delata un cierto *exceso de celo*: tras explicar las circunstancias conocidas por ellos en el momento de su partida, indica que en las semanas durante las que se había desarrollado el viaje los hallazgos de fósiles humanos y de restos materiales prehistóricos se habían multiplicado en otros lugares de Europa (Francia, Suiza, Bélgica). En realidad esto venía sucediendo, principalmente en Francia pero también en otros países de Europa occidental, desde al menos una década antes. Verne plasma así una realidad que se estaba dando a conocer con fuerza a raíz del hallazgo de Boucher de Perthes pero que en medios científicos era ya sabida: Édouard Lartet, *fundador* de la investigación pre-

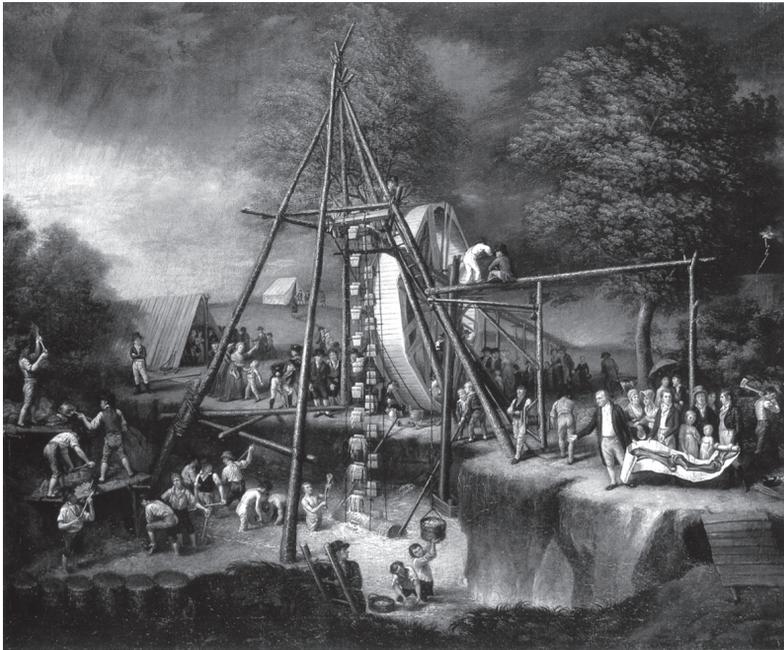
histórica, había asociado la existencia del hombre primitivo con especies animales ya extinguidas, a partir de excavaciones en Massat y Aurignac, y había propuesto en 1861 una primera cronología del Cuaternario, a partir de los restos de esos animales: Edad del oso cavernario, Edad del elefante y del rinoceronte lanudo, Edad del reno y Edad del uro. En 1863, año en que se ambienta la novela, el propio Lartet trabajó con el inglés Christy en diversos yacimientos del Périgord, en el Centro-Oeste de Francia, de los cuales Le Moustier, Laugerie-Basse y La Madeleine son los más conocidos. En ellos identifica restos de objetos artísticos tallados sobre huesos o astas de cérvidos. Tres años más tarde es requerido por los descubridores del yacimiento de Solutré, en Saona y Loira, para que catalogue sus descubrimientos. Su hijo Louis descubre poco después, en el enclave de Cro-Magnon en Dordoña, los restos humanos que servirán para describir el tipo humano moderno de finales del Cuaternario en Europa, que entronca con la humanidad actual.

Todos estos hechos pasan rápidamente del ámbito académico al del público ilustrado, a través de debates en Academias o Sociedades. Jules Verne fantasea sobre esto, y en el caso de Moulin Quignon, Lidenbrock aparece como uno de los expertos alemanes que más vigorosamente apoyan la veracidad del descubrimiento, atestiguando así la existencia humana durante el Cuaternario, y se hace eco de los descubrimientos de Lartet y otros, que permitían remontar la existencia del hombre *cien mil años* a partir de la aparición de restos indudablemente manufacturados en contextos geológicos antiguos, asociados a animales ya extinguidos como el mamut.

Con ocasión del hallazgo del cadáver apergaminado que, similar a las famosas momias de la Catedral de Saint-Michel de Burdeos, tío y sobrino localizan junto al gran osario, Verne nos proporciona un rápido repaso por los errores y fraudes más conocidos de los siglos precedentes, cuando los descubrimientos de huesos fósiles de grandes animales eran identificados con pretendidos gigantes o seres míticos. Lidenbrock, verdadero representante de la ciencia militante del XIX, niega la existencia de esos personajes desmesurados, pues se halla ante un cuerpo de estatura normal, con rasgos faciales modernos (alejado, por tanto, de la postulada relación entre los seres humanos y los simios; aquí nuestro autor muestra su rechazo a la propuesta de Darwin).

El siguiente paso en su asombroso periplo por el pasado redivivo es el encuentro, en un frondoso bosque que acoge pálidas especies arbóreas que en la superficie del globo se encuentran en ámbitos geográficos muy distintos, con una manada de mastodontes. Verne aquí menciona el descubrimiento de un esqueleto completo de uno de estos paquidermos extintos que se produjo en Estados Unidos, en 1801. Curiosamente, el escritor menciona el estado de Ohio, donde efectivamente se habían recuperado fósiles de mastodonte, pero en fechas más recientes: el descubrimiento que se hizo famoso en 1801 se produjo en el condado de Orange, en el estado de Nueva York. Probablemente Verne confundió ambos lugares, y usó el más conocido nombre de Ohio. C. W. Peale inmortalizó los trabajos de drenaje emprendidos para secar la turbera donde aparecían los huesos en un famoso óleo, que es posiblemente la representación más antigua que se conoce de una excavación arqueológica (figura 2).

FIGURA 2



Exhuming the First American Mastodon, óleo de C. W. Peale (1806-1808)

A continuación los protagonistas se dan de bruces (aunque desde la prudente distancia de 400 metros) con un ser de aspecto humano, que Verne califica de Proteo, nuevo hijo de Neptuno (en tanto que ser ancestral y pastor de bestias), recurriendo a la mitología clásica y a la literatura para describir la situación: la cita latina que incorpora a continuación es el título que Victor Hugo puso al tercer capítulo de su obra *Notre-Dame de Paris* (parodiando a Virgilio): «de un rebaño monstruoso, pastor más monstruoso aún»; el original latino decía «hermoso» en lugar de «monstruoso». El ser es someramente descrito como un gigante de más de doce pies de alto, con cabello hirsuto («como una crin») y armado de un gran garrote. Verne, además, lo califica de «pastor antediluviano», haciendo uso nuevamente de la terminología bíblica. Tras huir despavoridos, Axel se embarca en una serie de reflexiones que parecen reflejar las reticencias que sentía el autor hacia la evolución humana tal y como la estaban empezando a describir Darwin y los darwinistas. Lleno de dudas respecto a lo que han visto, Axel se convence finalmente de que ese ser no es un humano primitivo perteneciente a un grupo separado de la gente que vive en la superficie y que ha vivido aislado en la gigantesca caverna subterránea, sino que se trata de algún tipo de simio antiguo, como los que empezaban a localizarse en diversos lugares de Europa. Cita expresamente el hallazgo del yacimiento de Sansan: en este yacimiento del Gers, en el sur de Francia, Lartet había descubierto en 1837 restos óseos que atribuyó a un simio antropoide a causa de su fórmula dentaria. Verne se posiciona así entre quienes no aceptan la existencia de una relación filogenética entre los seres humanos y los simios, a pesar de reconocer su similitud morfológica.

Como hemos apuntado, Verne se inserta en una corriente de opinión que se mantiene con fuerza entre los círculos *savantes* de su época y de los decenios siguientes. La redacción de esta novela tiene lugar poco después de la publicación de *El Origen de las Especies* y en ese momento, aunque acogido con entusiasmo por un grupo de intelectuales (entre los que se encuentra el propio profesor Lidenbrock), la opinión mayoritaria sigue siendo escéptica o directamente contraria a los postulados evolucionistas. Nuestro autor puede aceptar, a regañadientes, la existencia de fauna primitiva (en ese momento no podía ya negarse la abundancia de fósiles pertenecientes a especies ya extinguidas), pero duda con fuerza del carácter primitivo de los seres humanos.

Un asunto que ha llamado nuestra atención es la descripción del *pastor de mastodontes* en términos colosales. Planteamos para ello algunas explicaciones; por un lado, había sido un lugar común en la literatura occidental la descripción en términos monstruosos de seres humanos ajenos al mundo conocido: desde los hiperbóreos de tres metros de alto descritos por los griegos hasta los diversos seres citados en los Bestiarios medievales. En segundo lugar, la evidente existencia en tiempos pasados de animales de gran talla, la megafauna, pudo haber movido a Verne a plantear que los seres humanos contemporáneos de esos grandes mamíferos debieron haber sido también de talla portentosa. Un ejemplo muy cercano lo tenía en el Museo de Historia Natural de París, donde en 1854 se había expuesto un esqueleto reconstruido de perezoso gigante. Un último argumento puede encontrarse en la Biblia, en cuyo Antiguo Testamento se cita al menos en dos ocasiones la existencia de seres humanos de gran tamaño: en el Génesis, 6:4, se dice «...había gigantes en la tierra en aquellos días», refiriéndose a los descendientes de la unión entre los ángeles y los seres humanos, en tiempos de Noé. Goliat es descrito (Samuel, 17:4 a 7) como un soldado cuya altura era de seis codos y un palmo (unos 2,90 metros), que portaba un equipamiento de guerra de gran peso. No podemos saber, lógicamente, cuál de estas tradiciones reflejaba Verne al describir al pastor de mastodontes, pero es indudable que no encontramos en los textos científicos contemporáneos referencia alguna a un supuesto gigantismo de los seres humanos primitivos, y que la explicación de la gran talla del pastor debería buscarse en las tradiciones mítico-religiosas citadas.

Como colofón, podemos añadir que la mandíbula de Moulin-Quignon resultó ser un fraude: los obreros pagados por Boucher de Perthes la *encontraron* para cobrar la prima económica ofrecida. Pronto, la rápida aparición de auténticos fósiles humanos en otros lugares sumió en el olvido un hallazgo que había hecho mucho ruido en toda Europa durante varios años.

### 3. Un fraude gigantesco en Nueva York

*El Humbug* es un relato corto (*nouvelle*), inédito en vida de Jules Verne, publicado en 1910 por su hijo Michel, quien retocó notablemente un texto que no vio la luz en su forma original hasta 1985. En este caso la utilización de lo prehistórico por Verne es sólo una excusa para una des-

cripción, entre humorística y *de costumbres*, de la sociedad norteamericana, probablemente a raíz del viaje que realizó a Estados Unidos en el Great Eastern en 1867. La mayoría de autores cifran su redacción hacia 1870. El argumento es sencillo: un empresario charlatán afirma haber hecho un hallazgo excepcional, que mantiene en secreto, descubrimiento que afectaría notablemente a lo que se conoce sobre el hombre primitivo. Se trataría, en suma, de los restos óseos de un gigante de 40 metros de altura; finalmente, se descubre que era todo una superchería, pergeñada para enriquecerse a costa de la credulidad del público. El narrador, un francés del que ignoramos todo, aparece como el testigo imparcial que da fe del montaje (Butcher, 1991).

FIGURA 3

**THE GREAT**  
**CARDIFF GIANT!**

Discovered at Cardiff, Onondaga Co., N. Y., is now on Exhibition in the

**Geological Hall, Albany,**

**For a few days only.**

---

**HIS DIMENSIONS.**

Length of Body, . . . . .	10 feet, 4 1-2 inches.
Length of Head from Chin to Top of Head, 21	"
Length of Nose, . . . . .	6 "
Across the Nostrils, . . . . .	3 1-2 "
Width of Mouth, . . . . .	5 "
Circumference of Neck, . . . . .	37 "
Shoulders, from point to point, 3 feet, 1 1-2	"
Length of Right Arm, . . . . .	4 feet, 9 1-2 "
Across the Wrist, . . . . .	5 "
Across the Palm of Hand, . . . . .	7 "
Length of Second Finger, . . . . .	8 "
Around the Thighs, . . . . .	6 feet, 3 1-2 "
Diameter of the Thigh, . . . . .	13 "
Through the Calf of Leg, . . . . .	9 1-2 "
Length of Foot, . . . . .	21 "
Across the Ball of Foot, . . . . .	8 "
Weight, . . . . .	2990 pounds.

ALBANY, November 29th, 1869.

Póster de 1869 anunciando la exhibición del Gigante de Cardiff (imagen: Corbis)

En esta novelita Verne deja plasmadas las opiniones que ya conocemos acerca de la paleontología humana, otorgando mucha importancia al conocimiento transmitido por las Escrituras (el Diluvio, el Paraíso) y denunciando algunos de los vicios inherentes a las gentes de Ciencia: el conformismo, la rumorología, el chauvinismo, el orgullo... Hopkins, el charlatán, es comparado con el famoso empresario circense Barnum, conocido exhibidor de fraudes como la Sirena de las Fiji, que unía un cuerpo de un mono joven con la cola de un pez. Ya en *Viaje al centro de la Tierra* Verne, por boca del profesor Lidenbrock, había clamado contra falsarios como Barnum que presentaban montajes o seres deformes para enriquecerse aprovechando la credulidad de la gente. De hecho, poco después del viaje de Verne, en 1869, se produjo en Estados Unidos un fraude muy similar: en Cardiff, Nueva York, un estanquero mandó construir una estatua humana de yeso, que enterró y *descubrió* para enriquecerse. El Gigante fue objeto de gran curiosidad pública (figura 3) y suscitó el interés de Barnum, quien ofreció una gran suma para poder exhibir el hallazgo. Ante la negativa del descubridor, decidió fabricar una réplica y exhibirla como si fuese auténtica, compitiendo así con la *verdadera*. También se hace referencia en la novelita al mamut de Ohio/Orange, el famoso hallazgo de 1801 mencionado en *Viaje al centro de la Tierra* con ocasión del descubrimiento del gran osario. Según Compère (2002), el itinerario del narrador sigue fielmente los pasos del propio Verne por tierras americanas, pues viajó por el río Hudson desde Nueva York a Albany; en esta ciudad, nuestro autor visitó el museo de fósiles (citado en *Una ciudad flotante*), que acogía los restos óseos de un mastodonte recuperados en 1866. Compère no cree, sin embargo, que Verne se inspirase en los sucesos de Cardiff, sino que asistimos a un curioso caso de convergencia entre realidad y ficción. Al fin y al cabo, si Verne pudo imaginar un fraude de este tipo, el estanquero de Cardiff pudo soñar con hacerse rico mediante un engaño similar. Concluye ese autor que quizás la no publicación de *El Humbug* en vida de Verne se debiese a los sucesos relacionados con el Gigante de Cardiff, que anulaban lo original de su inventiva.

#### 4. Fósiles vivientes en la selva africana

La otra novela larga que vamos a tratar data de los últimos años de vida del autor; se trata de *El pueblo aéreo* (Hetzl, 1901), también de la

serie Viajes Extraordinarios. Toda la novela parece motivada por el movimiento científico en torno a la evolución humana de finales del siglo XIX y, especialmente, por el descubrimiento en Java por parte de Eugène Dubois, médico militar holandés, de fósiles que él atribuyó a una especie humana primitiva, que bautizó como *Pithecanthropus erectus*.

FIGURA 4

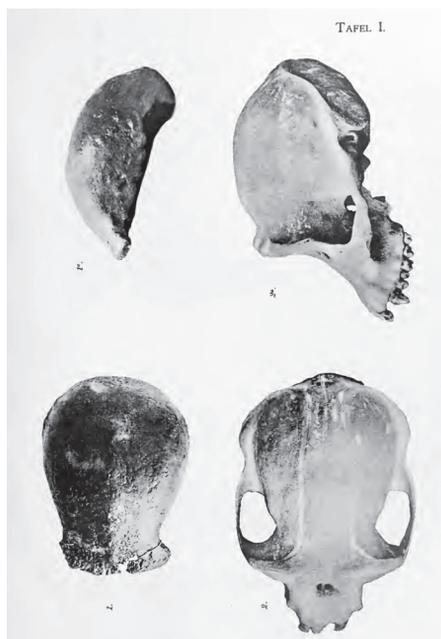


Lámina en la que se comparan los cráneos del Pitecántropo y de un chimpancé (Dubois, 1894)

La figura de Dubois es muy característica de su época: tras realizar brillantes estudios y acceder a un buen puesto universitario, su deseo de aportar grandes cosas al estudio de la evolución humana le lleva a alistarse como médico en el ejército de los Países Bajos y solicitar el traslado a las Indias orientales holandesas, ya que en aquellos años se pensaba que las islas de la Sonda podían acoger la cuna de la humanidad. En 1887 llegó a Sumatra, donde contó con importantes medios humanos puestos a su dis-

posición por las autoridades, aunque sin fortuna; poco después pasó a Java. Allí continuó sus trabajos hasta localizar, a finales de 1891, en el enclave de Trinil junto al río Solo, la calota craneal, algunos dientes y un fémur pertenecientes a un ser humano prehistórico, que caminaba erguido (según demostraba la forma moderna del fémur) pero tenía una capacidad craneal reducida y presentaba rasgos primitivos. Dubois publicó por vez primera sus hallazgos en 1894. El médico anatomista francés Léonce Manouvrier reestudió los hallazgos de Dubois y en noviembre de 1895 comunicó sus resultados a la *Société d'Anthropologie*, la cual los publicó inmediatamente en su boletín. Para el gran público, realizó un resumen que apareció en la *Revue Scientifique* («*Revue Rose*») en marzo de 1896. Esta publicación se hallaba entre las que Verne leía con regularidad, según contó a Robert Sherard en una entrevista de 1894 (De Vries-Uiterweerd, 2011).

La lectura del artículo de Manouvrier de 1896 en la *Revue rose* indudablemente tuvo que interesar a Verne (que redactó el manuscrito de *El pueblo aéreo* hacia esos años, según Gondolo della Riva, com. pers.), por más que se pudiera sentir desasosegado por afirmaciones del tipo de «Mais si le P. E. était un ancêtre, son espèce survit encore dans sa descendance humaine» (p. 296) o por la conclusión, donde Manouvrier afirma que «... si le doute au sujet de l'origine simienne de l'Homme est uniquement proportionné aux raisons d'ordre scientifique capables de le motiver, il me paraît devoir être bien mince» (p. 299).

Es decir que, sin entrar en disquisiciones basadas en la religión, los argumentos científicos apoyan lo que a finales del siglo XIX se denominaba teoría transformista: el origen del hombre (y de sus parientes más cercanos, los simios antropoides: chimpancé, gorila, orangután y gibón) se halla en la evolución desde especies simiescas ya extinguidas. Así, nuestro autor se inspiró en los descubrimientos de Dubois, aunque, como veremos, introdujo sus opiniones al respecto, más conservadoras e inmovilistas.

Tras el descubrimiento de Neandertal en Europa (reconocido en 1864 por William King), el Hombre de Java era la segunda especie humana fósil en ser identificada. Los restos de aspecto moderno de Cro-Magnon, localizados en 1868 en el Centro-Oeste de Francia, habían sido correctamente asociados con la especie humana actual, por lo que no implicaban una *bestialización* de nuestros antepasados, y se caracterizaban en el regis-

tro material por la presencia de elementos de adorno de gran belleza que aportaban una indudable modernidad a esos seres primitivos. Sin embargo, tanto Neandertal como Pitecántropo ofrecían a la sociedad de finales del siglo XIX un espejo en el que resultaba duro verse reflejado: las reconstrucciones victorianas de los seres humanos prehistóricos no eran nada halagüeñas para la visión finisecular de avance tecnológico, social y moral, y planteaban que en el pasado nuestros ancestros habían sido seres de aspecto y comportamiento brutal. Los relatos de los colonizadores ofrecían con frecuencia ejemplos de pueblos indígenas en África o Australia que vivían en el primitivismo, lo que reforzó la búsqueda de comparaciones entre los restos fósiles que se iban localizando y esas poblaciones, a partir de visiones más o menos racistas que proponían una gradación en la Humanidad partiendo de esos indígenas en los estadios más bajos y culminando en el hombre occidental.

Verne trata la cuestión en diversas ocasiones, dentro de una perspectiva que en la actualidad calificaríamos de racista pero que apenas difería de las opiniones sostenidas por la mayoría de las gentes ilustradas y por amplios sectores científicos. Frente a la opinión predominante en el cambio de siglo, que ubicaba la cuna de la Humanidad en Asia, opinión que había movido a Dubois a buscar fósiles en las Indias holandesas, Verne acierta al plantear que los seres humanos más primitivos aparecieron en África. Evidentemente, dadas sus creencias, no se plantea que se trate de seres humanos de una especie ya extinta de cuya evolución provenga la humanidad actual, sino que presenta a un grupo humano contemporáneo, emparentado con la moderna Humanidad pero a varios «grados de parentesco» de distancia, proponiendo que los aborígenes africanos (como Khamis, el joven negrito que acompaña a los protagonistas) sean el enlace *familiar* entre ambos extremos. Ese grupo es el pueblo Wagddis (nombre que utilizan para ellos mismos, lo que hace suponer que poseen una notable inteligencia), quienes viven en las profundidades de las selvas africanas, perfectamente adaptados al medio arbóreo. Son capaces de construir edificaciones complejas, que se apoyan en plataformas suspendidas de los árboles, poseen nombres propios, mantienen lazos familiares, cocinan sus alimentos, llevan vestimentas, entre ellos existen ciertas divisiones laborales (se habla de un grupo de guerreros) y realizan determinados ritos sociales. La descripción física que de ellos hace Verne se ajusta a lo que proponía Dubois para su *Pitecanthropus erectus*: talla pequeña, locomo-

ción bípeda, microcefalia, prognatismo reducido... Al respecto de la microcefalia, Verne incluye un comentario que trasluce su opinión antievolutiva, ya que menciona que esta característica ha sido buscada «vanamente» por los sabios en tanto que enlace entre el reino animal y el humano. Y, finalmente, propone que el rasgo fundamental para no incluir a los Waggdis entre los seres humanos es su ausencia de pensamiento de tipo moral y religioso.

Vemos aquí un elemento diagnóstico ignorado por los hombres de ciencia de su época, que deja entrever la profunda fe católica de nuestro autor, quien probablemente se veía superado, en su ancianidad, por los descubrimientos que se iban realizando y que año tras año iban dando la razón a los postulados darwinistas.

Precisamente el año de publicación de la novela supone un momento crucial para la investigación prehistórica mundial, ya que se descubren y comienzan a ser estudiadas las dos primeras cuevas con arte rupestre prehistórico de territorio francés: Combarelles y Font de Gaume. El estudio detallado, realizado por un joven Henri Breuil (que acabará siendo el patriarca de la prehistoria mundial durante el siglo xx) en compañía de Denis Peyrony y Louis Capitan, movió al mundo científico a aceptar la complejidad mental del hombre prehistórico, capaz de realizar «obras de arte» magníficas.

## 5. Una distopía recurrente y espuria

Referiremos brevemente *El eterno Adán* (1910), novela corta publicada por Michel Verne, hijo de Jules, cuya autoría no está clara. El estilo es verniano, pero el tema elegido no es frecuente para la producción *canónica*, según Gondolo della Riva (1978), por lo que probablemente el autor sería el propio Michel, quizás a partir de apuntes o una idea de su padre. En la novela se propone que las civilizaciones humanas se suceden en el tiempo, con catastróficas interrupciones debidas a cataclismos o desastres naturales; tras cada una de esas interrupciones, un pequeño grupo de humanos supervivientes (trasunto de la pareja bíblica Adán y Eva) daría lugar a un nuevo proceso de desarrollo partiendo de un estado de barbarie, al que se habrían visto reducidos después de la catástrofe, alcanzando finalmente una civilización moderna que de nuevo se vería destruida, etc. etc. Como

se ve, es una revisión del mito de la Atlántida, adaptado a su época: el descubrimiento de esas civilizaciones se hace mediante la arqueología, y se someten a discusión elementos candentes de las teorías darwinianas.

En puridad, no hay elementos propiamente prehistóricos en la novela. Transcurre en un futuro lejano en el que se descubre un documento enterrado que da cuenta de una catástrofe (que supuestamente afecta a nuestra sociedad, pues está fechado en el año 2...) que eliminó casi por completo la humanidad, excepto un pequeño grupo de supervivientes que tras múltiples vicisitudes, y movidos por las ansias exclusivas de no morir de hambre, fueron olvidando los elementos propios de la civilización y se abandonaron a un estado de vida natural, *primitiva*. El descubridor de ese documento comprende que su propia sociedad deriva de ese pequeño grupo superviviente, y que esa situación ha debido de suceder en diversas ocasiones, en un proceso de eterno retorno.

En esta novela corta, Jules Verne (o mejor, su hijo Michel) incluye elementos relacionados con la evolución humana, manteniendo su punto de vista religioso y contrario a la evolución, al menos en lo que atañe al hombre. Se dice expresamente que «... entre el hombre y los animales no era posible ninguna proximidad.» Además, intenta conciliar pasajes y personajes propios de la Biblia con la historia de la Humanidad, proponiendo que Adán y Eva (nombres que en la sociedad del presente de la novela aparecen distorsionados, pero reconocibles) simbolizan el pequeño grupo de personas que ha sobrevivido a la catástrofe y de la cual se ha derivado la humanidad posterior. La explicación de Verne es ingeniosa: un terremoto hunde los continentes, pero hace emerger una zona del fondo marino, donde encuentran refugio los protagonistas. Los únicos animales supervivientes son aves acostumbradas a vuelos largos y la fauna marina, de la que evolucionan las especies terrestres contemporáneas a Sofr, el descubridor del viejo manuscrito. Sin embargo, los seres humanos se salvan, y tras un periodo de *degeneración* llega el progreso, que sigue una línea propia e independiente de la evolución de los animales y las plantas.

Vemos que, pese al manejo de conceptos darwinistas, como la evolución, y del mundo de la Geología, como la sucesión de estratos, el autor se resiste fuertemente a incluir a los seres humanos en el mismo grupo que el resto de seres vivos: se aceptan evoluciones y transformaciones en las plantas y animales, pero el hombre es distinto, tras cada catástrofe se las inge-

nia para sobrevivir y escapar al funesto destino que la Tierra parece reservar cada cierto tiempo para sus habitantes.

## 6. Conclusiones

Dejando aparte el cuento *El eterno Adán*, de atribución dudosa como hemos visto, el largo periodo que transcurre entre la publicación de *Viaje al centro de la Tierra* (1864 y 1867) y de *El pueblo aéreo* (1901) es testigo de la consolidación de la arqueología prehistórica como disciplina científica que pasa de ofrecer datos aislados e inconexos a permitir la sistematización fundada de los momentos más antiguos de la especie humana. Las excavaciones y hallazgos se suceden, basados en metodologías todavía primitivas pero cada vez más precisas, ofreciendo una amplia panoplia de restos materiales, de fauna y antropológicos con los que dibujar un retrato incompleto pero cada vez más detallado de la Prehistoria. Francia es el país de referencia: la mayoría de hallazgos se producen en su territorio, en torno a los ríos Dordogne y Vezère y en las estribaciones pirenaicas. Durante los primeros años son aficionados como los Lartet quienes monopolizan buena parte de los descubrimientos; a finales de este lapso temporal asistimos a los inicios en la investigación de verdaderos profesionales como Breuil. Mientras tanto, la Prehistoria ha entrado en el mundo universitario de la mano de Cartailhac, el primer docente de esta disciplina, que comienza a dar clases en la Universidad de Toulouse en 1882.

Verne, como atento seguidor de las novedades científicas de su tiempo, no podía permanecer ajeno a las posibilidades narrativas de un campo tan vasto como el pasado primitivo del hombre, pero vemos que no es un tema frecuente en su producción. Únicamente una vez supone el principal hilo argumental, en *El pueblo aéreo*, apareciendo en otras dos ocasiones de forma marginal (*Viaje al centro de la Tierra*) o como excusa para un retrato de costumbres (*El Humbug*). Probablemente no se sentía cómodo con una disciplina que atacaba a sus creencias religiosas al poner en duda la explicación recibida a través de la tradición judeocristiana sobre el origen del hombre. Cedió a la evidencia en lo concerniente a la antigüedad de la Tierra, aceptando lo relativo a la evolución geológica y a los animales, aunque siempre se negó a incluir en esa estructura general al ser humano.

## Bibliografía

- BOUCHER DE PERTHES, J. (1863): «Mâchoire humaine découverte à Abbeville dans un terrain non remanié», *Comptes rendus hebdomadaires de l'Académie des Sciences*, t. 56, pp. 779-782.
- (1864): *Antiquités Celtiques et Antédiluviennes. Mémoire sur l'Industrie Primitive et les Arts à leur Origine*. Paris, Ed. Jung-Treutel.
- BUTCHER, W. (1991): *Critical introduction to The Humbug*. Edinburgh, Acadian Press,.
- COHEN C. (1999): «Faux et authenticité en préhistoire». *Terrain*, n.º 33, pp. 31-40.
- COMPÈRE, D. (2002): «Puff, bluff et humbug: de Barnum à Jules Verne». *Romantisme*, 116: 59-64.
- DE VRIES-UITERWEERD, G. (2011): «Sur la trace des “kristiskhalhen” du professeur Friedrich». *Verniana*, 3, pp. 125-129.
- DUBOIS, E. (1894): *Pithecanthropus erectus, eine menschenähnliche uebergangsform aus Java*. Batavia - Landesdruckerei.
- DUPUY, L. (2005): *En relisant Jules Verne. Un autre regard sur les Voyages Extraordinaires*. Dole, La Clef d'Argent, pp. 17-46.
- GONDOLO DELLA RIVA, P. (1978): «À propos des œuvres posthumes de Jules Verne», *Europa*, 595-596, citado por Pérez, A., *La autenticidad de las últimas novelas vernianas*. En: [<http://jgverne.cmaact.com/>].
- LUTON, A. (1863) «Note sur l'homme fossile trouvé à Moulin-Quignon». *Travaux de l'Académie Impériale de Reims. Histoire et Archéologie*, xxxviii, pp. 90-98.
- MANOUVRIER, L. (1896): «Le Pithecanthropus erectus et la théorie transformiste». *Revue scientifique (Revue rose)*, n.º 10, t. v, pp. 289-299.
- PRESTWICH, J. (1863) «On the Section at Moulin Quignon, Abbeville, and on the peculiar Character of some of the Flint Implements recently discovered there». *Quarterly Journal of the Geological Society*, 19, pp. 497-505.
- QUATREFAGES, J., 1863 «Note sur la mâchoire humaine découverte par M. Boucher de Perthes dans le diluvium d'Abbeville». *Comptes rendus hebdomadaires de l'Académie des Sciences*, t. 56, pp. 782-788.



Prensas de la Universidad  
Universidad Zaragoza



De Julio Verne a la actualidad:  
*la palabra y la tierra*

M.<sup>a</sup> Pilar Tresaco  
Javier Vicente  
M.<sup>a</sup> Lourdes Cadena  
(Coordinadores)

PUZ

M.<sup>a</sup> PILAR TRESACO  
JAVIER VICENTE  
M.<sup>a</sup> LOURDES CADENA  
(Coordinadores)

De Julio Verne  
a la actualidad:  
*la palabra  
y la tierra*

